

4) Filosofía

M. Cabada Castro, *El humanismo premarxista de L. Feuerbach*, 372, (BAC, Madrid 1975) XXIX-222 pp.

Feuerbach es el precursor de numerosas teologías que han flotado estas últimas décadas en Europa en torno a la secularización, muerte de Dios, antropologización e incluso liberación. El es la raíz de no pocos humanismos actuales incluso, en nuestra patria. El fue en realidad un crítico implacable, un desmitificador incansable de muchos conceptos de sus contemporáneos, un verdadero «arroyo de fuego», según la significación etimológica de su nombre: «Feuer-Bach», tal como le llamó Marx.

Feuerbach representa, junto con Kierkegaard, una vivísima denuncia al vacío hegeliano de Dios. Porque, para Feuerbach el hombre es el comienzo, el centro y fin de la religión. Qué interesante resultaría comparar el lenguaje de nuestros místicos sobre el centro del alma con el de Feuerbach... Para el filósofo alemán la teología se reduce a antropología. Dios es la proyección psicológica de la conciencia infinitizada... No existe transcendencia. «Si yo rebajo la teología antropología, no hago sino elevar la antropología a teología, del mismo modo que el cristianismo, al rebajar a Dios hasta el hombre, no ha hecho sino elevar éste a Dios...». Para Feuerbach el lenguaje sobre Dios no es más que una forma simbólica infantil de expresar la grandeza del hombre. Creer en Dios no es sino creer en la dignidad humana, en la significación divina de la esencia humana. Dios infinito, perfecto..., no es más que la extrapolación indebida de esas cualidades propias de la inteligencia humana. El género humano llena el vacío de Dios.

La monografía de Cavada es un análisis directo, ceñido, analítico, desde las entrañas del pensamiento del filósofo alemán. A la exposición se junta una crítica serena, profunda, y eficaz del sistema humanístico que presenta. La influencia del filósofo alemán en nuestro mundo intelectual es muy amplia y profunda; el es uno de los pensadores más socorridos por el humanismo ateo contemporáneo. Por ello destaco la oportunidad y transcendencia del libro del profesor de teología filosófica en la universidad de Comillas (Madrid).

El libro consta de un rico apunte bio-bibliográfico sobre Feuerbach y de tres capítulos. El primero dedicado al planteamiento de la filosofía; el segundo, a la antropología y fisiología, como de mitización de la teología; y el tercero a sus relaciones con Hegel, su maestro, y con Marx, su discípulo.

Libro bien pensado y bien escrito, basado en los textos originales, bien traducidos de crítica serena y profunda, entranada en la misma exposición del sistema. Quiero, destacar de modo especial, la claridad y el arte con que se acerca a Feuerbach, lo simplifica y acerca a la mentalidad mediterránea. Esfuerzo más meritorio y digno de alabanza cuando, entre nosotros, tantos profesores, formados en Alemania, atragantan al lector y le impiden continuar la lectura con su estilo exagerado, sus locuciones germánicas imposibles de digerir en la lengua de Cervantes y con la cita de palabras alemanas, que al lector ordinario no le aclaran nada y le complican la lectura.

Melquiedes Andrés

G. Guijarro Díaz, *La concepción del hombre en Marx* (Salamanca, Sígueme, 1975) 406 pp.

La literatura relacionada con el marxismo alcanza hoy en España dimensiones inabarcables. Pero es poquísima la bibliografía con propósito y rigor científico escrita originalmente en castellano; esta obra pertenece a ese escaso número. Ante ella, el lector se sentirá satisfecho o defraudado según lo que vaya buscando en este trabajo.

La larga introducción (11-68) es ajena en realidad al tema y estudia el estado de la cuestión acerca de la licitud o necesidad de una «antropología» en el marxismo. A pesar del abundante uso de literatura marxista de los países del Este, lo cual es una relativa novedad, me parece que se dedica excesivo espacio a una cuestión, en el fondo, marginal para el problema a tratar.

La I parte (69-166) se titula «Presupuestos acerca del hombre» y a lo largo de 9 capítulos va exponiendo el arranque del pensamiento de Marx para mostrar cómo éste habla siempre del hombre en un contexto de praxis histórica analizada desde las relaciones de producción, es decir, de un modo *concreto*, lo cual lo diferencia tanto de Hegel como de Feuerbach.

La II parte (167-302) estudia la «alienación humana» a lo largo de 10 capítulos. Se estudian los distintos niveles de la alienación desde el análisis económico, pero este estudio estructural se combina con la sucesión histórica del desarrollo marxiano.

La III parte (303-402) trata en 9 capítulos «el hombre nuevo» como el ser humano no alienado. Sigue una bibliografía selecta.

Aunque el autor no prescinda del todo del aspecto estructural, fundamentalmente se centra en un análisis de corte diacrónico que busca recoger los textos fundamentales en que Marx habla del hombre refiriéndolos a las circunstancias concretas en que fueron escritos. La razón estriba en que el autor defiende una evolución sustancial en la obra de Marx (v. gr., 173), aunque no se pronuncia claramente ante la discusión sobre la continuidad o discontinuidad de la obra marxiana.

El método de análisis es intrínseco e immanente, consistiendo fundamentalmente en que un texto de Marx se explique por otros, añadiendo tan sólo la producción íntegra de Engels utilizada en puntos cruciales, pues el autor no se cuestiona una posible diferenciación entre ambos. Esto, sin embargo tiene sus limitaciones porque los textos se cierran sobre sí mismos y ello explica lo poco afortunado que, a mi entender, es el autor al intentar comparar el pensamiento de Marx con sus fuentes, sobre todo con Hegel. Así, ve a Hegel únicamente desde la imagen polémica que Marx ofreció de él y esto lleva a no pocas ambigüedades, sobre todo en el concepto central de «alienación»; uno de los capítulos más desafortunados de la obra me parece el 15 (215-28) donde el autor, siguiendo a Lukács y a Garaudy (51, 65) basa toda su argumentación en que Hegel habría confundido «alienación» con «objetivación»; pero esto es más que discutible y hoy parece claro que Hegel distinguió la *Entfremdung* de la *Entäusserung* con claridad; por lo menos, podría haberse tomado en consideración el lúcido criterio a este respecto adoptado por los traductores de la *Fenomenología del espíritu* al castellano.

Creo que el valor fundamental y también la limitación esencial de la obra es ésta: valiosa recopilación de material disperso, está exigiendo un

ulterior análisis sistemático. Quizá sea que, en el fondo, el tema del hombre no es muy apropiado —o no es el más apropiado— para organizar en torno a él una lectura de la obra marxiana y entonces exige constantemente amplias disgresiones que no hacen fácil la lectura de esta obra.

A. Pintor-Ramos

F. Zabeeh, *Hume, Precursor of modern Empiricism. An analysis of his opinions on Meaning, Metaphysics, Logic and Mathematics*, 2 ed. revisada (The Hague, M. Nijhoff, 1973) VIII+236 pp.

He aquí un trabajo que puede ser muy útil. El autor se propone estudiar a Hume como precursor del empirismo moderno y para ello examina detenidamente los temas básicos de sus planteamientos epistemológicos a lo largo de 6 capítulos, más un apéndice y un resumen conclusivo. Las contribuciones fundamentales de Hume al legado del empirismo serían dos: la experiencia como fuente de todo conocimiento y la distinción entre juicios analíticos y juicios de hecho (*matter of fact*).

Es de gran interés el cap. 5 (113-53) en el que se estudia detalladamente el puesto que dentro de la filosofía de Hume ocupa la razón deductiva, aspecto que se completa con un apéndice (220-25) dedicado a la fundamentación de la geometría y que no es muy habitual que sea tratado con amplitud en los estudiosos de Hume.

Este capítulo se completa con el siguiente: «El dominio de la razón inductiva» (154-219) que centra el tema en torno a las actuales discusiones sobre la inducción y ofrece un muy perspicaz estudio de la postura del filósofo escocés; quizá el aspecto de más relieve sea la claridad con la que el autor hace ver cómo Hume se vio abocado a unas determinadas conclusiones por la férrea lógica interna de los desarrollos de sus postulados iniciales. Advertiré que este capítulo es nuevo y fue redactado expresamente para esta segunda edición.

El autor, sin embargo, no se mantiene en el plano meramente expositivo y no elude en absoluto la crítica utilizando conquistas posteriores; así, v.gr. Frege es utilizado (sobre todo 135-37) para combatir el concepto humeano de número. En el problema de la inducción es bien explícito: «Defiendo que el mito de lo dado (*the Given*), que fue difundido por los empiristas clásicos, es el núcleo de los problemas no resueltos de Hume sobre la justificación de la inducción, la existencia del mundo externo y la identidad personal» (230). Ello quiere decir que, según el autor, Hume es uno de los antecedentes del moderno empirismo, incluye quizá el más influyente (v. gr., 1), pero no es el único y ambos pensamientos no son convertibles.

Naturalmente, el autor se basa de modo directo en el libro I del *Treatise of Human Nature* y en el I de los *Enquiries*. Esto es muy lícito con una sola condición: que no se deduzca de aquí (el autor ciertamente no lo dice) que eso es todo Hume o que toda su obra restante carece de importancia. El autor hace ver muy bien las aporías del planteamiento de Hume en el plano epistemológico, pero queda fuera de consideración el importantísimo tema de la «creencia» (*belief*) y toda su obra moral, política, religiosa e historiográfica. Por eso, el libro no da ni pretende dar una imagen completa de Hume y el lector deberá completarla con otras obras.

Dentro de los límites concretos que se impone, la obra es muy esclarecedora; el autor analiza los temas con gran claridad, con notable sobriedad

y recurre con frecuencia a resúmenes y sumarios de los capítulos, que hacen la obra más manejable. Una bibliografía bien escogida y un índice final de nombres y conceptos son de gran utilidad.

A. Pintor-Ramos

5) Historia de la Iglesia

M. Revuelta González, *La exclaustración (1822-40)*, 383 (BAC, Madrid 1976) XXII-503 pp., 580 ptas.

Un joven grupo de historiadores de la Iglesia y de la sociedad civil ha abordado en serio un conjunto de temas cargados de interés en torno al siglo XIX. Entre ellos hay que recordar a Carcel Ortí, Cuenca, Díaz de Cerio... y al autor de este libro —documento y casi libro— reportaje sobre un fenómeno inseparable de la desamortización: la exclaustración de los religiosos españoles desde 1833 a 1840. La obra se lee casi como una novela. Es a la vez documento, reportaje e informe, sobre una de las páginas más tristes de la historia de nuestra patria. Es el primer capítulo denso de una historia que se alargado más de un siglo, desde 1810 a 1936. Ojalá no vuelva a tener más eslabones.

El tema de los religiosos se enmarca dentro de la preocupación liberal de acomodar a la Iglesia española en su administración y vida a las exigencias del nuevo estado surgido de las cortes a Cádiz. Para ello trataron de modificarla sociológica, económica y jurídicamente, alterando la situación de las clases clariales, despojándola de sus recursos propios y renovando antiguas pretensiones realistas. Dentro de este contexto plantean los liberales el problema de las órdenes religiosas y de sus miembros, a quienes consideran desfasados, inútiles y dueños de unos bienes fácilmente asequibles.

Para mayor agravamiento la reforma religiosa quedó uncida al problema político de la lucha entre liberales y absolutistas en los tres primeros decenios del siglo XIX. Los liberales consideraron a los religiosos como reducto del absolutismo que era necesario deshacer. De ahí los golpes asettados contra ellos de modo incipiente desde 1810 a 1814; más reciamente en el trienio 1820-23, y de modo enconado y salvaje desde la muerte de Fernando VII hasta 1840. La guerra civil aumentó la suspicacia y el encono.

El autor describe el proceso de extinción de las antiguas comunidades religiosas de España, inseparablemente unido al origen y progreso de la desamortización. Describe con detalle, a base de documentos directos y con mucha frecuencia inéditos y dramáticos el proceso exclaustrador, o desarticulación de las comunidades religiosas, con su reflejo de enorme importancia en el cuerpo de la Iglesia y de la política española. «El dramatismo y la complejidad del proceso exclaustrador no es sino un reflejo fiel de las contorsiones bélicas y políticas de la España de la época» (p. 7). Proceso largo y penoso en el cual se juntan golpes de decretos del Estado, motines, puñales asesinos, matanzas de frailes, quemas de conventos... No existe página más negra en la historia de la cultura española. Nunca fue devorada tan en breve y sin sustancia por el fuego y el abandono tanta historia, tantos archivos, tantos libros y manuscritos, tanta joya única de nuestro pasado cultural. No ha habido enemigo mayor de nuestros archivos, de nuestro arte, de nuestra historia que los protagonistas de la exclaustración.